

naba con la gloria de su nombre; y conducido por el clero, por el pueblo y por toda la nobleza, volvió á tomar el camino de Claraval, adonde llevó diferentes reliquias como una gran riqueza. Si dejó algo con sentimiento en Italia fue principalmente á Balduino, el primero de los monges del Cister que fue hecho cardenal, y nombrado para arzobispo de Pisa su patria. En medio de tantos y tan penosos trabajos habia sido el mas dulce consuelo de San Bernardo, á quien honró tanto que sin embargo de ser cardenal no se desdeñaba de servirle de secretario.

40. El Papa Inocencio, viéndose tranquilo en Roma, convocó en ella un gran concilio que se celebró en 8 de Abril de 1139, y se cuenta por el segundo de Letran y décimo ecuménico (1). Halláronse en él hasta mil obispos, y á lo menos otros tantos abades; y entre estos millares de prelados, dice un autor de aquel tiempo, pareció Inocencio el mas respetable, tanto por el aire de magestad que resplandecía sobre su rostro, como por los oráculos que salían de su boca (2). Este mismo autor dice tambien, que pronunció un discurso en que comparando aquel Pontífice á los feudos dados por los Príncipes la concesion que él hacia de las dignidades eclesiásticas, manifiesta bien que aun los hombres de un talento superior se preservan con dificultad de los errores acreditados en su tiempo en el siglo. El objeto principal del concilio fue el de confirmar la estincion del cisma que quedó anatematizado con el resto de

(1) *Tom. 10. Concilior. pag. 999.* (2) *Chron. Maurin.*

los cómplices de un modo unánime y definitivo; despues de lo cual se confirmaron los cánones de disciplina establecidos en otros concilios precedentes, y en particular en el que Inocencio habia tenido en Rems en el año de 1131: se prohibió además á los legos retener los diezmos eclesiásticos cualesquiera que fuesen las personas, obispos ó Príncipes, de quienes los hubiese recibido; y á los canónigos arrogarse esclusivamente, como empezaban á hacerlo, las elecciones episcopales, y escluir de ellas á los religiosos, los curas y el resto del pueblo.

41. Se condena tambien á los nuevos maniqueos que desechaban los santos sacramentos, y despues los errores de Arnaldo de Brescia; pero en general y sin nombrarle todavía. Este declamador herege, pero envanecido con su talento para la sutileza y detraction, con aplicaciones malignas de la santa Escritura y una elocuencia entusiasta, animaba á las gentes del pueblo contra el clero, é introducía por todas partes la turbulencia en su patria. Se sospechaba de él que pensaba mal del Sacramento del altar y del bautismo de los niños; pero no se podia dudar de su atrevimiento en querer trastornar con todo su poder el orden gerárquico. Aseguraba altamente y sin ambigüedad, que no podian salvarse los clérigos y los monges que poseían bienes en propiedad; y que aun los obispos debian vivir de las ofrendas voluntarias, sin tomar de ellas mas que lo necesario para una vida frugal y penitente. Despues de haber estudiado largo tiempo en Francia, principalmente bajo de Abe-

lardo, otro genio mas sutil que sólido, y maestro digno de un tal discípulo, se volvió á su pais donde se puso un hábito religioso para hacer escuchar mejor las invectivas que no dejaba de vomitar contra los mas grandes prelados sin perdonar al Papa. Por último, fue echado de Brescia, donde hizo muchos partidarios, y se refugió á la Suiza donde hizo muchos mas.

42. Apenas se habia terminado el concilio de Letran, Rogero que habia sido escomulgado en él espresamente, volvió de Sicilia á la Pulla, cuyas ciudades sometió con la misma rapidéz con que se las habian quitado. El Papa reunió las tropas que pudo para oponerse á sus progresos, y se adelantó hasta Monte-Casino. Sin embargo, se habló de paz, y se enviaron parlamentarios de una parte y otra; pero al mismo tiempo el hijo del Rey de Sicilia se metió detrás de las montañas con mil caballos, sorprendió al Papa, le hizo prisionero, y le presentó á su padre. Si el Pontífice tuvo razon para quejarse de esta infraccion de la fe pública, tambien la habia para censurarle un rigor inoportuno en haber faltado el primero á la palabra, confundiendo con los cismáticos obstinados á Pedro de Pisa, que por la mediacion de San Bernardo habia vuelto á entrar en el seno de la unidad con tanta edificacion, y á quien Inocencio habia prometido mantener con honor en su dignidad. No obstante, Rogero contento con los sólidos efectos de su triunfo, se humilló él mismo delante de su cautivo, y postrado á sus pies le pi-

dió la paz y perdon. El Papa se la concedió de buena voluntad, y aun pareció conocer la justicia, ó por lo menos la voluntad de Dios en una desgracia que tenia tan feliz desenlace. Esta paz fue jurada el dia de Santiago 25 de Julio, y el Papa hizo expedir inmediatamente su bula, en la que sin decir una palabra de la concesion de Anacleto, concede á Rogero el reino de Sicilia, el ducado de Pulla á uno de sus hijos, y al otro el principado de Calabria con la obligacion de rendir vasallage á la santa Silla bajo el censo anual de seiscientos schifates.

43. Habiendo vuelto el Papa á Roma, recibió á San Malaquíás, obispo de Duna en Irlanda, hombre verdaderamente apostólico y digno representante de aquellos venerables varones que habian adquirido en otro tiempo para las islas Británicas el título de tierra de los santos. Despues de haber hecho sus estudios en la ciudad de Armac, se habia puesto bajo la direccion de un hombre santo llamado Imario, haciendo á su egemplo una vida austera. El arzobispo Celso le obligó, á pesar de su resistencia, á recibir el orden de diácono, despues el de sacerdote aun antes de la edad observada por los antiguos cánones; á saber, la de veinticinco años para el diaconado y treinta para el sacerdocio. Habiéndole hecho inmediatamente el arzobispo su vicario, Malaquíás se aplicó cuidadosamente á instruir á aquellos pueblos ignorantes y bárbaros, y restableció entre ellos la magestad del culto purificado de toda supersticion, el uso de los sacramentos, y las reglas

cristianas del matrimonio, é hizo enteramente mudar de semblante á aquella iglesia. Reedificó el antiguo monasterio de Bancor tan famoso en el tiempo de San Columbano, pero arruinado despues por los piratas y convertido en guarida de animales peligrosos. Habiendo vacado la silla episcopal de Conneret separada entonces de Duna, Malaquíás fue elegido á su pesar, teniendo solo cerca de treinta años, y obligado á aceptarla por orden de su metropolitano. No se puede imaginar lo que tuvo que sufrir con aquel pueblo: aquellos hijos de los santos, habian degenerado enteramente y no conservaban de la Religion cristiana mas que el nombre: en lo demás eran salvages mas parecidos en sus obras á brutos que á cristianos, y aun que á hombres. No perdió por esto el ánimo su santo pastor: exhortó en público y en particular, visitó la diócesis, pasó noches enteras en orar, y sufrió fatigas y penas increíbles, insultos y malos tratamientos, hasta que por fin venció la dureza de aquel pueblo haciéndole someterse de nuevo al yugo del Evangelio.

Apenas recogia el fruto de tantos trabajos, quando su arzobispo atacado de la enfermedad de que murió, le designó para sucesor suyo, y mandó elegirle por la autoridad de San Patricio, á la cual en Irlanda nadie se atrevia á resistir; y fue en efecto ordenado arzobispo de Armac, donde tuvo aun mas que trabajar y sufrir que en Conneret. No lo aceptó sino por la esperanza del martirio, segun se esplicó él mismo, y con condicion de que si sus trabajos

tenian un éxito mas feliz para aquella segunda iglesia, se le habia de permitir volverse á su primera silla. En el espacio de tres años restableció la paz, la disciplina y las costumbres en la diócesis de Armac y en toda la Ultonia, adonde habian llegado los desórdenes de esta iglesia madre. Habia mas de doscientos años, que por una costumbre que tenia fuerza de ley, no se sufría en Armac arzobispo que no fuese de cierta familia. Si no se encontraban clérigos de esta parentela, se entregaba el arzobispado á legos casados, y se contaban ya ocho de estos, que sin ningun carácter eclesiástico le habian poseido así antes de Celso. Este largo escándalo habia causado en una gran parte de Irlanda una relajacion que se diferenciaba poco de una estinción total de la Religion. Despues de haber remediado Malaquíás tantos males, dejó la silla metropolitana segun la condicion con que la habia aceptado, colocó en ella por consentimiento del pueblo y del clero á un sugeto experimentado llamado Gelasio, y se volvió á su antigua diócesis.

Entonces fue quando con este motivo pasó á Roma á fin de asegurar su conducta, dice el ilustre autor de su vida, haciéndola aprobar por la Silla apostólica (1). De allí fue y volvió á Claraval, trabó estrecha amistad con el santo abad que gobernaba tan religiosamente aquel monasterio, y manifestó los mas vivos deseos de acabar en él sus dias; pero jamás pudo conseguir permiso para ello del Papa, porque le

(1) Bern. Opusc. 12. cap. 15.

creía muy necesario en Irlanda. Para desquitarse cuanto le fuese posible, envió muchos de sus discípulos á aquella escuela de virtud para aprender en ella sus instituciones, y dos años despues fundó en la diócesi de Armac, bajo la misma observancia, la abadía de Millefond, que produjo bien pronto otras cinco. Habiéndole hecho el Papa legado suyo en Irlanda, restableció por todas partes las tradiciones y las antiguas reglas que estaban casi abolidas. Sus virtudes sostenidas con el don de los milagros, hacian recibir como si viesese del cielo todo lo que él mandaba; y esto se procuraba tener por escrito, y se conservaba preciosamente su memoria. Jamás tuvo nada propio, ni aun permitió que se le señalase dotacion alguna particular para la mesa episcopal: vivia con la sencillez del mas pobre religioso, y aunque era legado, hacia sus visitas á pie. Algunos años despues de su primer viage á Roma, volviendo á esta ciudad para recibir el palio de mano del Papa, murió en Claraval el dia de la conmemoracion de los difuntos, como él habia predicho y deseado por mucho tiempo, con la mas viva confianza en los socorros particulares que los difuntos reciben aquel dia.

44. San Bernardo tuvo relaciones bien diferentes con Pedro Abelardo, nacido en las estremidades de la Francia cerca de Nantes en Bretaña, y lastimosamente célebre en el centro del reino por el brillo y frivolidad de sus talentos, por el extraño uso que hizo de ellos, por el castigo no menos extraño que se le hizo padecer, y en fin por la presuncion turbu-

lenta con que procuró encubrir tanta ignominia é irrisión. Nos guardaremos bien de presentar las individualidades novelescas y sucias de sus primeros años, en que no solo no debe ocuparse una pluma consagrada á la Iglesia, pero ni aun otro algun escritor honrado y juicioso. ¿Qué nos importan el corruptor y raptor de su propia educanda, el celibatario forzado y apasionado siempre, ni aun el dialéctico hinchado con los vanos triunfos de su habilidad sofisticada, entregado á su manía por la novedad y lo extraordinario en todo género? Él no puede llamar la atencion sino por sus errores ó sus aserciones inauditas en materia de fe, ni debe fijar nuestras miradas sino por la penitencia á que el exceso de sus humillaciones pareció conducirle sinceramente al fin de sus dias. Solo á los cínicos de nuestro siglo corresponde disfrazar este libertino pueril en personage de importancia.

Habian pasado ya diez años desde que fue condenado en un concilio reunido en Soissons, cuando olvidando esta infamia canónica sobre otras tachas contra la sociedad, y empezando á desfigurar nuestros misterios con las ideas extravagantes de su dialéctica, fue amonestado caritativamente por el docto y santo abad de Claraval. Prometió por el pronto retractarse, pero su presuncion poco comun, y el recuerdo de sus antiguas victorias en la disputa, hicieron que no tardase en olvidar aquella resolucion. Habiendo sabido que Bernardo habia tenido una viva contienda con el arzobispo de Sens, se ofreció á justificar su propia

doctrina en un concilio que debia celebrarse en aquella ciudad , é hizo que se convocase á él al santo abad, á quien por otra parte se intimó que se presentase cuanto antes. No necesitaba tanto la vanidad de Abelardo para triunfar anticipadamente con el enjambre de admiradores que acostumbraba llevar tras de sí. El concilio se celebró en 2 de Junio de 1140 , y la asamblea anunciada con afectacion por los partidarios y discípulos del novador , no fue menos numerosa que augusta. Además de los prelados de las provincias de Sens y de Rems , asistió á ella el Rey Luis el jóven , con los condes de Champaña y de Nevers , y una infinidad de curiosos de todas clases atraidos á la disputa como á una funcion de teatro.

El éxito no estuvo mucho tiempo dudoso. Habiendo leído Bernardo en alta voz las proposiciones erróneas extractadas de las obras de Abelardo , dijo á este que si las confesaba por suyas las probase ó las corrigiese. Al oír esto , todo el orgullo dialéctico cayó en tierra : el espíritu , la memoria , y hasta la misma palabra le faltaron en un mismo instante ; y despues confesó á sus amigos que todas las potencias de su alma se habian hallado como encadenadas. Apenas pudo tartamudeando apelar al Papa , é inmediatamente despues se retiró confuso , seguido de sus partidarios igualmente aturdidos. Su apelacion no era canónica , supuesto que los jueces eran de su eleccion : sin embargo , por deferencia á la santa Silla , los padres se abstuvieron de sentenciar sobre la persona de Abelardo ; pero haciéndose la condenacion

de su doctrina mucho mas urgente por el peligro de la seduccion , condenaron sus proposiciones despues de haberse convencido por la tradicion de los santos doctores , de que eran falsas y aun heréticas. Así es como se espresa la carta sinodal que los obispos encargaron á San Bernardo que estendiese , á fin de obtener del Papa la confirmacion de su sentencia (1).

Entanto Abelardo tomó el camino de Roma con el designio de seguir su apelacion : al pasar por Cluny se encontró con Renaldo , abad del Cister , hombre de una virtud que le ha hecho poner en el número de los santos canonizados de su orden ; y éste de convenio con Pedro el venerable , dotado como él del espíritu de paz y del don de persuadir , persuadió á Abelardo á reconciliarse con el abad de Clavaival. Se ignora á qué clase de retractacion ó esplicacion se sometió ; pero se sabe que fue suficiente la desaprobacion que hizo de sus errores , supuesto que con ella quedó satisfecho aquel piadoso y santo abad. Durante esta negociacion , confirmando el Papa las decisiones del concilio de Sens , condenó no solo los errores , sino tambien la persona de Abelardo , y aun se le confundió con Arnaldo de Brescia , mandándoles arrestar á uno y otro como hereges , y encerrarlos separadamente en un monasterio. Esta noticia fue para él como un rayo , aunque al mismo tiempo un medio de salvacion. Disgustado de la gloria del mundo que paraba en tales oprobios , le renunció sinceramente , y se fijó hasta la muerte en el puerto , adon-

(1) *Bern. Epist.* 337.

de la Providencia le habia conducido. En él no hizo mas que irse aniquilando en los dos años que todavía vivió; pero á todo el mundo persuadió con su fervor, y especialmente con su docilidad y modestia, que si el disgusto habia sido la causa de su penitencia, la gracia era ya el fundamento sólido de ella.

45. El venerable abad de Clony no se desdeñó de avisar la muerte de Abelardo, y de enviar su epitafio lleno de elogios á la muy célebre Heloisa, víctima ciega de la seducción y de todos los caprichos del que la pervirtió (1). A persuasion del dueño despótico de sus gustos y de todas sus facultades, se habia entrado religiosa en Argenteuil, donde sus talentos la elevaron bien pronto al cargo de priora; pero llena totalmente todavía de sus penas y de sus vergonzosos amores, aquella conductora de vírgenes sagradas se halló poco apta para dirigir las en la práctica de la virtud mas esencial á su estado. La irregularidad de su conducta, sin que haya necesidad de dar otra causa, hizo que se las echase de Argenteuil para poner allí monges de San Dionisio. Heloisa con muchas de sus discípulas se retiró á la casa de Paracleto que Abelardo habia establecido en la diócesi de Troyes, y que en lo sucesivo se hizo una abadía considerable. Allí fue donde curada en el fondo, pero siempre resentida del veneno que habia abrigado largo tiempo con complacencia á pesar de su consagracion, recibió la noticia de la muerte de Abelardo, cuyo cuerpo hizo llevar y enterrar en su nuevo retiro. Ella

(1) *Petr. Ven. lib. 4. Epist. 21.*

murió veinte años despues, y quiso ser enterrada en el mismo sepulcro.

46. Por aquel tiempo en que Abelardo fue condenado, tuvo San Bernardo una nueva ocasion de manifestar su celo por la uniformidad de las observancias, igualmente que por la unanimidad de la doctrina. Los canónigos de Leon sin haber esperado el juicio de la Iglesia, y sin participacion alguna de la autoridad episcopal, habian instituido por una simple acta capitular la fiesta de la Concepcion de la Virgen. Hallándose ya las devociones particulares muy multiplicadas, y temiendo el santo doctor los excesos de las novedades en materia de Religion, se creyó obligado á mantener en aquella augusta iglesia la adhesion particular que siempre habia manifestado por la antigüedad. „¿Querremos ser nosotros, les dijo (1), mas perspicaces ó mas piadosos que nuestros padres? Guardaos bien; la novedad es hija de la ligereza, madre de la temeridad, y hermana de la supersticion.” No obstante, el santo doctor despues de haber opuesto un gran número de racionios á la institucion de la nueva fiesta, concluyó con estas palabras: „sin embargo, todo cuanto digo es sin perjuicio del unánime sentir de las personas mas ilustradas, principalmente de la iglesia romana, á cuyo exámen y autoridad remito esta cuestion y todas las de esta naturaleza, pronto siempre á corregir mis opiniones si difiriesen de las suyas:” reserva muy discreta y prudente, pues hemos visto en lo sucesivo autorizada esta fiesta de

(1) *Epist. 74.*